

lucionario más ó menos atroz, en cuanto la fuga de los Reyes á Varennes había puesto los negocios públicos de manera que no tenían otra salida sino ir por la revolución á la República. Dios le había dado pensamiento y poseía muchas ideas, pero con escasa elocuencia. No basta saber en la oratoria; se necesita mandar venir las palabras á los labios, y que vengan. Razonador frío, lógico implacable, de sobria forma, de intolerancia científica, los latidos del corazón acompasados como las oscilaciones del péndulo, correcto el estilo con más corrección matemática que sabor estético, viviendo entre abstracciones, había creído también una grande abstracción la política. El rigor lógico le había llevado á la igualdad natural y detestaba por ende todo poder monárquico; el raciocinio frío le había llevado al culto de la razón y detestaba todo principio revelado; el corolario de sus ideas, aunque nacido entre privilegios y heredero de sangre nobilísima, se compendia en estas tres negociaciones, en la negación del Monarca, en la negación del patricio, en la negación del sacerdote. Y sus padres lo habían educado en la fe antigua; y sus antecesores legádole sangre aristocrática; y los Reyes inscribieron en el áureo libro de la mejor y más empingorotada nobleza. Conociáanse tales atavismos y concomitancias, por gustarle más hablar en los salones que en los clubs, y convertir á los grandes, que adoctrinar á los pequeños. Estaba, pues, entre aquellos nobles, que, ciegos adoradores de la revolución, asestaron la revolución entera sin escrupulo á sus propias cabezas y á sus propios privilegios. La noche del cuatro de Agosto se comprende y explica por condes revolucionarios y filósofos, como este conde filósofo y revolucionario. Decían que contestaba con violencias sin número á los argumentos sin réplica. Llamábanle borrego hidrófobo. Acusábanle de tener en las maneras y en las costumbres el culto al privilegio aristocrático, expulsado de su inteligencia por obra de la razón, pero redivivo en su vida, porque llevaba las propensiones aristocráticas tan dentro del alma como dentro del cuerpo. Sería todo lo que sus enemigos quisieran. Pero debemos agradecerle con agradecimiento eterno su firmeza en la religión del progreso, por la que nosotros hemos continuado su obra y recibido el premio interior que nos granjea la íntima convicción de haber prosperado y servido el progresivo movimiento universal.

Si Condorcet era la idea, como fuera el verbo Mirabeau, Danton era la constante acción. Así nada de pensar; hacer. Su política se asemejaba de suyo á una guerra. Parecía un titán; pero esforzándose para coger al cielo su fuego; blandiéndolo en el puño. Su inteligencia era un relámpago, su palabra una centella, su voz un trueno. Jamás aquel hombre se detuvo á escoger: parecíase á los grandes torrentes el curso de su vida; recogía todo lo que le arrojaban, y con todo aquello, que parecía deshecho y fealdad y excremento, fecundaba mucho la revolución. El pecho era de fragua, el músculo de gigante, la cara de furia, el nervio de hierro, el estilo de mando. Salvar á Francia por cualquier camino: hé ahí su divisa. Para tal fin importáronle bien poco los medios. A usanza de los romanos antiguos,



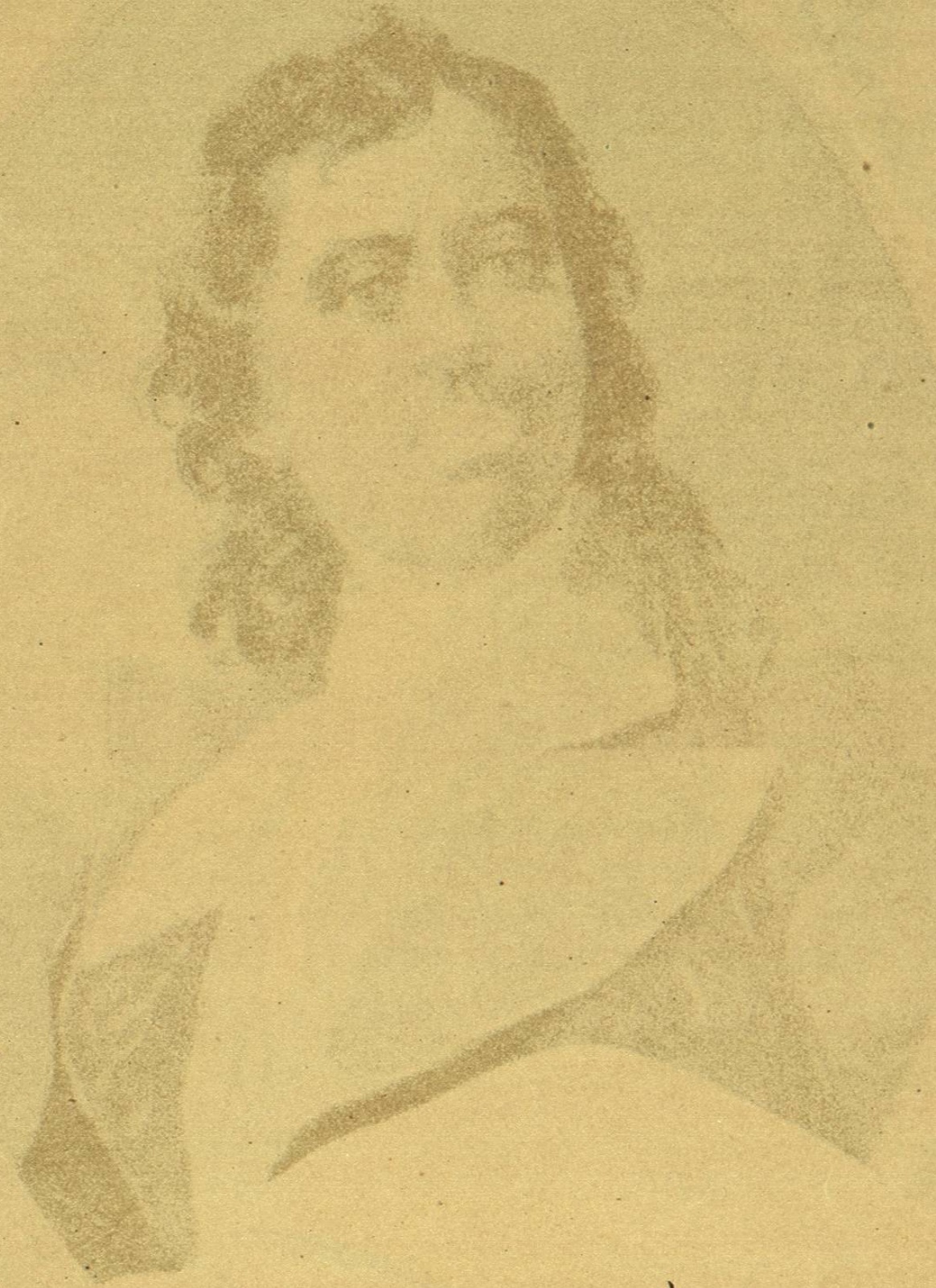
CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
D. A. N. 11



Lit. - Felipe Gonzalez Rojas - Editor



el salvar al pueblo será la suprema ley suya. Así por cualquier camino lo salvará. Él hará por la República lo que hizo Luis XI por la Monarquía. Él no vacilará en ofrecer sacrificios humano ante las aras de sus ídolos, convirtiendo la libertad y el pueblo en dioses, pero en dioses antropófagos. Como los artistas del Renacimiento, no tendrá conciencia; como los bárbaros en las primeras invasiones, no tendrá ciencia. Reduciránse la historia y la vida suyas á matar y morir. Está en una guerra; é idle á la guerra con leyes de moral. Está ó asediado ó en asedio; y para subir á la fortaleza que conquista ó para preservar las fortalezas que defiende, pondrá cadáveres sobre cadáveres en montones numerosos. Para que la Francia viva es necesario que su generación perezca toda en flor. Y perecerá. La patria tiene derecho á la honra. No importa la infamia de sus hijos mientras ella conserve la pureza de su gloria. En el pecho de fragua late un corazón de hierro candente y una voluntad asoladora, capaces de aplastar mil individuos para salvar el Universo. Cometerá muchos crímenes, y no será malo por nativa perversidad; lo será por necesidad incontrastable. Parecerá indiferente presentarse manchado de sangre ante la Historia si esta sangre sale del enemigo que hubiera podido concluir con Francia. Así es la fuerza y el pueblo habrá de adorarlo, aunque violente su propia voluntad. Hay una verdadera intuición social instintiva, que desde lo presente prepara lo porvenir y aperece los hechos y las personas para satisfacer las necesidades colectivas que van pidiendo satisfacciones grandes con mayor imperio. El pueblo francés se veía en el comienzo de la Legislativa, circuido y asediado por los Reyes de la monárquica Europa, coaligados en su contra. Y á la obsesión de tal pensamiento generó un Hércules, al nivel de la empresa, con músculos de acero, nervio de combate, paciencia de mártir, ímpetu de héroe, fuerzas de Hércules, altura de Titán, esfuerzo tan desmedido como los que pudiera tener un elemento de la Naturaleza, en su inconsciencia, para cumplir su destino, y, por ende, ningún escrúpulo. Y no esperéis de él, no, la filosofía de Turgot, él no tiene tiempo de saber ni estudiar; no esperéis la elocuencia de Mirabeau, él calla y ruge; no esperéis la malicia, la reserva, la implacable lógica, el sistema preconcebido y aparejado por mucho tiempo de Robespierre; desnudo como el atleta griego, sin rodela en el brazo, y sin escudo en la mano, y sin casco en la frente, recibiendo todos los golpes y dándolos, parecerá su alma de combatiente un incendio que abrasa y purifica; los Reyes se conjuran, los diplomáticos se coligan, los ejércitos se juntan, los monárquicos se juramentan, la invasión amenaza, la frontera vacila, está en peligro la patria, no le preguntéis á Danton qué hace; hará dentro y fuera del suelo francés todo lo conducente á salvar su patria sin curarse de que dispongan las leyes humanas y divinas; bueno y generoso por naturaleza, la defensa del suelo que ama le hará perverso. Tal es el hombre nombrado por la Legislativa con Brissot y Condorcet por Paris. Junto á sus imprecaciones resuenan la risa casi aristofanesca de Camilo Desmoulins, y con su resuello se mezcla el coro heleno de los girondinos, que pro-





ducen platónicas armonías. Se congregó la Legislativa, pues, llena de jóvenes, que llevaban en sus sienes el misterio, y componían entre todos, en la suma indescifrable oscurísima de sus almas, una horrorosa esfinge. Y estos jóvenes debían preparar los hechos en que Danton aceró su temperamento y mostró su genio. Impacientísimos por mostrar su naturaleza de verdaderos héroes y su elocuencia de verdaderos tribunos fueron como aquellos jonios de la madre divina Grecia, quienes, amenazados de muerte por el despotismo asiático, lo provocaban á combatir, seguros de su victoria, para que salieran del horno de una guerra más fuertes y mejor templadas la libertad y la patria.



## CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO-CUARTO

### Los Jacobinos

La revolución francesa creció tomando la estatura gigante que todos le vemos al reunirse la segunda de sus Asambleas, la célebre Legislativa, no al esfuerzo de sus generadores, á la resistencia de sus enemigos. La paz en el espíritu sonreía como perenne luz, cuando los Estados Generales por Mayo del ochenta y nueve se congregaran: pero le ocurrió al Rey humillarlos, y, á esta humillación, tronó desde nubes tempestuosas el trueno de aquella palabra inflamada é inflamable, necesario eco del verbo de cien generaciones aspirantes á la libertad, por tal manera, que los Estados Generales, idos á Versalles como cortesanos del Rey, se convirtieron en representantes del pueblo. Desde su regio mensaje despidiendo los diputados, ó poco menos, hasta su provocación á las convenciones y juramentos del Trinquete; desde tales juramentos hasta la reinstalación en París del resto de dinastía no fugitivo á extraño suelo; desde tal reinstalación hasta el día en que los segundos diputados de la Francia revolucionaria se reunieron formando el primer Congreso legislativo; todos los avances de la revolución y todos los retrocesos de la Monarquía provinieron del empecatado Monarca, quien, ya despide á los mismos representantes del pueblo, convocados por su autoridad, sin tener con qué sustituirlos; ya declara su poder el primero y casi único, entre todos los poderes, sin tener sobre qué apoyarlo; ya consiente manifestaciones como la orgía de sus guardias contra el derecho nuevo y el Congreso constituyente sin decidirse por una resolución de combate; ya huye á la frontera en demanda del auxilio extranjero y dispone tan mal esta